

La última ruta

Jose Campoy Delgado



Capítulo 1

Como cada noche cualquiera, Diego Fortuna agarraba con firmeza el volante con las manos enfundadas en guantes de nylon sin desviar ni un momento la vista de la carretera. Conducía el camión de la basura mientras apuraba un cigarrillo Winston y escuchaba Radio Nacional, con un silencio paciente y ganas de terminar la jornada.

Trabajaba seis noches a la semana en la empresa de limpieza de la ciudad y aquella noche le quedaba apenas una hora de trabajo. Diego se dirigía a la última ruta para vaciar dos contenedores de basura en las afueras de la ciudad, en el cementerio local. El camión se adentró cuesta arriba por una elevada carretera que llegaba hasta las mismas puertas del cementerio. Era una cuesta larga y pesada, con poco asfalto y sin una curva. A medida que el camión ascendía el empinado tramo, Diego se encontraba con menos farolas alumbrando el recorrido. Debido a la altitud del lugar, el frío comenzó a empañar los cristales retrovisores y delanteros del vehículo, formando una translúcida nube de vaho. Diego confió en su vista forzada, en los parabrisas y en los faros del camión hasta que, brevemente, asomó en el horizonte un muro blanco perpetrado por unas grandes verjas negras que daban la bienvenida al cementerio.

Como cada noche cualquiera, esta era la del 31 de octubre.

Diego detuvo el camión y observó desde la cabina que uno de los contenedores estaba apoyado en el otro, a punto de volcar. Cualquier otra noche, los dos peones que solía llevar en la parte trasera se bajarían a colocarlo correctamente. Esta vez, los peones habían acabado su turno y antes de su recogida, Diego tendría que encargarse él mismo. Dudó un instante. No es que fuera una persona supersticiosa ni especialmente asustadiza, pero tampoco le ilusionaba la idea de estar enfrente de un cementerio en plena madrugada. Había quedado en reunirse con su compañero Fernando, que también estaba finalizando su ruta, en la parte inicial de la elevada carretera. Así que el barrendero salió del camión sin vacilación y se dirigió a los contenedores situados enfrente de la entrada del cementerio. El tremendo frío se filtraba por los huecos de las mangas del abrigo y se apoderaba de todo el cuerpo. A ambos lados de la carretera, la oscuridad disipaba el verde del extenso campo de maleza que sembraba aquella montaña. Diego empujó con fuerza el contenedor a medio volcar para dejarlo en su sitio y que los brazos mecánicos del camión pudieran agarrarlo sin peligro de caída. De regreso, Diego avanzaba hasta el camión verde cuando antes de agarrar la manivela de la puerta del conductor, escuchó una especie de sonido agudo a sus espaldas. Una risa.

Sintió el frío paralizar los huesos de su espalda y el susto acelerar los latidos estremecedores de su corazón. Éste, soltó medio grito del propio

espasmo envuelto en un silencio perturbado en mitad de la noche. Giró lentamente su cuerpo para darse la vuelta y sus ojos fueron directos hasta la entrada del cementerio, la puerta de verjas. Una pequeña figura blanca inundó sus ojos en medio de la penumbra que reinaba en el ambiente. Diego volvió a exhalar un breve grito y retrocedió varios pasos atrás ante la incredulidad y el sobresalto de lo que estaba viendo.

Agarrado a las verjas, había un niño tras las puertas del cementerio. El chico, de unos siete u ocho años, reía a carcajadas mientras escondía un poco la cabeza como si estuviera jugueteando con Diego. Tenía el pelo dorado peinado con esmero hacía atrás, una sonrisa inocente y unos ojos del color del mar. Elegante y en perfecto estado, vestía un traje blanco de almirante típico de comunión. Diego no podía creer lo que estaba viendo. De su frente caían gotas de sudor, le temblaban las piernas y balbuceaba sin soltar palabra alguna. Quiso decir algo, pero de su boca solo salieron jadeos nerviosos.

-¡Vamos, vamos! ¡Ven conmigo! - exclamó con alegría el niño con su voz aguda. -¡Vamos, rápido!

El instinto de Diego le inducía a gritos salir corriendo de aquella montaña, pero lo que veían sus ojos era un pequeño niño dentro del cementerio. Sin estar seguro de si todo formaba parte de un mal sueño, comenzó a caminar aproximándose a la puerta del cementerio. Vio de cerca que el chico era real, su cuerpo era auténtico y su pulcra sonrisa no dejaba de brillar. Diego tiró del pomo, desnudo de cerradura alguna, y sucumbió ante la oscuridad funesta que le aguardaba el camposanto. El barrendero atravesó el umbral de las grandes puertas del cementerio guiado por la energía del niño, y dejando atrás la luz de los faros del camión aún en marcha. Dentro del sagrado lugar, no se escuchaba nada más que el silencio absoluto, aislado del ruido del motor del camión y la fría brisa de afuera. Y sin luz alguna, el reflejo blanquecino de las lápidas y sepulcros era lo poco que se dejaba ver entre tanta negrura. El niño vestido de almirante corría tres metros por delante del barrendero, girando por diversas calles custodiadas por muros repletos de tumbas. Diego arrastraba sus pasos lentamente, dejando caer el peso de sus piernas y de su vida en el suelo empedrado de paz. Caminaba desconfiado, intranquilo y con temor entre aquellas calles donde descansaban los restos de tantas vidas como tumbas. El cementerio también se alzaba en una cuesta elevada, dividida en pasillos laberínticos poblados por tumbas, mausoleos, criptas, panteones y nichos.

Diego caminaba casi a ciegas por las calles repletas de lápidas. Intentó no fijarse en ninguna tumba en concreto para evitar ver la fotografía del alma que yacía dos metros bajo tierra. Era cada vez más consciente de que estaba rodeado de cientos de muertos, de que estaba perturbando la paz en mitad de la noche de tantas almas descansando. Podía imaginar que detrás de cada lápida y dentro de cada ataúd, lo que quedaba de una

persona se reducía a un cúmulo de huesos polvorientos y carne podrida en descomposición. Diego sintió trepar por su estómago una sensación de angustia y de intranquilidad. Miró atrás y pensó en salir del cementerio, coger el camión y marcharse de aquel lugar lo más rápido posible. No quería pensar que aquel niño que merodeaba en el cementerio era una especie de espíritu o algún fenómeno paranormal. No era de esa clase de personas que creía en historias y leyendas de fantasmas. Le costaba razonar la situación, el frío y los nervios cada vez eran más devastadores. Su cuerpo se movía más por la inercia de seguir el paso del niño que por la propia voluntad. Paró en seco rápidamente, estaba dispuesto a coger al chico y salir del cementerio. Lo llevaría en el camión hasta la comisaría de policía para localizar a sus padres.

- ¡Espera, espera! -exclamó a distancia del niño, produciendo eco en todo el lugar. - ¡Tenemos que irnos de aquí! ¡Vamos, te llevaré con tus padres!

El niño, que no prestó atención a las palabras del barrendero, se fue corriendo calle arriba hasta que su sombra se perdió entre la hilera de pasillos y tumbas. Poco a poco, las fuertes pisadas del chico y sus carcajadas se fueron diluyendo hasta que el eco dio paso al sepulcral silencio. De repente, Diego se encontró solo en el cementerio, envuelto en una nube de oscuridad y con un miedo en el cuerpo que lo consumía por dentro. Los latidos de su corazón cada vez eran más fuertes y su respiración más agitada. Diego aceleró su paso para encontrar al niño entre los pasillos del cementerio y no quedarse atrás. Comenzó a ascender calles arriba y a doblar esquinas para un lado y otro sin saber qué lugar le llevarían. Se adentró en el laberinto de tumbas y lápidas durante un buen rato. Nunca se le había antojado tan grande el lugar, que contaba con cientos y cientos de tumbas repartidas. Su cuerpo se quedó exhausto de correr cuesta arriba y sin rastro del niño. Comenzó a pronunciarse una leve y minúscula melodía desde algún lugar del cementerio, un sonido relajante y sinfónico. Conforme aumentaba su fuerza, se distinguía la armonía tranquila de instrumentos de cuerda. Parecían violines que se escuchaban desde todas las partes del cementerio. Una música suave, tranquila y de paz. El sombrío camposanto comenzó entonces a tornarse en tenue color y una pequeña luz se expandió a todas las esquinas y tumbas. En las numerosas paredes de lápidas que se alargaban por todo el lugar, comenzaron a prenderse velas que estaban sujetas a estas. Miles de velas se encendieron una detrás de otra, iluminando cada estrago del antes lúgubre sitio. Los pasillos lucían ahora un brillo dorado y un esplendor exuberante que nada tenía que ver con la oscuridad tétrica que mostraban antes. Ahora en las lápidas de las tumbas se divisaban perfectamente las fotografías, nombres y apellidos.

Diego notó que algo agarraba su mano, que un tacto caliente le sujetaba la vida. Quizás alguien para despertarle de esta pesadilla que se le antojaba eterna e ilógica. Incluyó la cabeza y se encontró con la sonrisa brillante del niño. Agarraba cariñosamente su mano y lo miraba con la

misma inocencia y bondad que antes en la puerta del cementerio. Al final, el niño lo había encontrado antes a él, pensó Diego. Escuchó a sus espaldas una multitud de pasos coordinados que cada vez era más fuerte y cercana. Éste, se dio la vuelta para encontrarse con la imagen de un centenar de personas caminando todas juntas acercándose hasta él. Hombres y mujeres que subían de todas las calles del cementerio aproximándose al mismo lugar. Todos iban vestidos de negro y arreglados con sus mejores prendas y complementos. Mostraban todos el semblante serio y sin expresión alguna, al contrario que el niño que le estaba agarrando. Las mujeres vestían sus largos vestidos negros, iban maquilladas y con sus mejores anillos, pendientes y collares puestos. Algunas llevaban a sus bebés en brazos, los cuales no lloraban. También iban caminando al unísono, grupos de niños pequeños con el mismo semblante frío y callado. Los hombres lucían sus trajes de gala, las corbatas, las pajaritas y en sus muñecas, el reloj. Diego se percató de que algunas personas vestían prendas de ropa más antiguas que otras, como los campesinos de boina y camisas ajadas. Otros parecían señoritos de otra época apoyándose en sus bastones, con largos bigotes y sombreros altos. Entre la multitud, Diego identificó a un grupo de soldados de hace más de setenta años que desfilaban portando sus rifles, jóvenes con sus medallas y sus cascos de batalla. Parejas de hombres y mujeres caminaban del brazo o agarrados de la mano sin mediar palabra, como el resto. Había alguna joven vestida de novia con el velo puesto y sujetando la cola del vestido. Entre todos, también había curas y monjas que caminaban con sus rosarios y biblias en las manos. Diego miró de nuevo al niño, y este le guiñó un ojo y comenzó a caminar tirando de su mano. Marcharon calle arriba seguidos de la extensa multitud de personas que aguardaban detrás de ellos. Los numerosos grupos apilados en todas las calles subían en conjunto detrás del barrendero y el niño, con ritmo lento, cauto y sin prisas. Llegaron todos a la parte más alta del cementerio, una gran glorieta que disponía de la estatua de un ángel alado de unos dos metros de tamaño. El ángel era pálido como el mármol, sus alas estaban desplegadas y su bello rostro apuntaba, junto con el dedo anular de su mano izquierda, al cielo. La obra desprendía majestuosidad y respeto, el cuerpo semidesnudo del alado estaba perfectamente esculpido. Alrededor de la glorieta se erguían panteones elegantes y mausoleos grandes junto con criptas, que alumbraban brillantes y doradas cruces por encima de las columnas románicas de estos monumentos. La tranquila melodía de violines dejó de sonar y todas las personas que habían seguido a Diego y al niño, comenzaron a agarrarse de las manos y a rodearlos. Todos aquellos individuos miraban a Diego, esta vez mostrando una breve mueca de sonrisa en el rostro de cada uno de ellos. El niño soltó su mano y se quedó junto a un hombre y una mujer jóvenes que debían de ser sus padres. Diego ya carecía de fuerza de voluntad para saber qué estaba pasando, para huir, para hablar y para pensar. Un instantáneo y duro pinchazo asestó internamente su cuerpo. Éste sintió de golpe un malestar por todo su cuerpo y un frío exagerado. Se le estaba secando la boca y notaba que se atragantaba. Cayó de rodillas al suelo, el pecho y los ojos le

ardían. Sintió su estómago revolverse y la angustia ascender. Las piernas le dolían y le temblaban. Aún arrodillado, comenzó a toser. Se llevó las manos a la boca y vio como había escupido un charco de sangre. La gran multitud de personas se acercaron a él aún más y le pusieron sus manos encima. El barrendero comenzó a gritar y a sentir dolor por todos los huesos, músculos y nervios de su cuerpo. Diego forzó la vista una vez más para, además de ver el rostro sonriente de todos y de cada uno que le ponían la mano encima, para ver el dedo anular del ángel alado señalando el cielo.

Fernando aparcó el camión de la basura junto al de su compañero, que aún estaba arrancado y tenía los faros encendidos. Habían quedado hace media hora justo en la parte baja de esa carretera, la que conducía al cementerio local. Lo había llamado más de cuatro veces al móvil y este no daba señal. Fernando se bajó del camión y se acercó a la parte trasera del otro de su compañero. Comprobó que los brazos mecánicos estaban bien orientados, no parecían tener ninguna avería. Pensaba que por eso se había retrasado su compañero. Se acercó hasta la puerta del conductor y la abrió para ver si lo encontraba. Radio Nacional estaba sonando, preparando las noticias del día. Junto al asiento principal, había un cenicero con varios cigarrillos machacados. Se fijó en los dos contenedores y en la puerta principal del cementerio. Miró a su alrededor por si encontraba al compañero meando entre la maleza. Se aproximó un poco hasta las puertas del cementerio y vio que estaban medio abiertas. Fernando tragó saliva. Sin estar seguro de lo que hacía, abrió las puertas y se adelantó dos pasos adentro para comprobar si su compañero estaba ahí. A parte de las siluetas de las lápidas, no se veía nada más con la lúgubre oscuridad por todas partes. Pronunció el nombre de su compañero para ver si andaba por algún pasillo del cementerio. No obtuvo respuesta. Regresó a su camión con inquietud y nerviosismo para llamar al encargado y comunicarle que su compañero Diego Fortuna no estaba ni en el camión ni en el lugar de su última ruta.